



Contemplando estas fotografías de carros fúnebres, cenitafios y enterramientos, uno recuerda las palabras áureas del gran moralista español: «Dentro de tu propio cuerpo, por pequeño que te parece, peregrinas; y si no miras bien por donde llevas tus deseos, te perderás dentro de tan pequeño vaso para siempre. Has de tratarle no como quien vive por él, que es necedad, ni como quien vive para él, que es delito; sino como quien no puede vivir sin él. Trátale como al criado: susténtale, vístete y mándale; que sería cosa fea que te mandase quien nació para servirte y que nació confesando con lágrimas su servidumbre».

Quedan proclamados en estos pensamientos lo que de vaso corrupto y pasajero tiene el cuerpo frente al esplendor espiritual del alma que es la doctrina católica: por eso los grandes enterramientos tienen en su exaltación un algo de paganos.

Artemisa, reina de Caria, erigió a su esposo Mausoleo un sepulcro de tal esplendor, que la antigüedad lo consideró como una de las ocho maravillas; de ahí el nombre de mausoleo que se da a los grandes enterramientos. Muerto el cuerpo, lo cristiano es la modesta sepultura; el cuerpo es de la tierra y el alma sólo es de Dios. Demos al cuerpo después de muerto la tierra humilde, «nuestra gran madre antigua», como la llamó Petrarca, y dediquemos todo nuestro fervor y nuestras oraciones al alma. Ahora, que si el alma del muerto, su mente, habitó su cuerpo con esplendor, ¿por qué no dedicarle un monumento a sus cenizas? Bien entendido que en ese «pequeño vaso» corrupto lo que se exalta con el monumento es lo que en él había de alado, el espíritu, que es lo precedero e inmortal.

